

Lecturas del XXX Domingo del Tiempo Ordinario

Domingo 26 de octubre de 2025

Primera Lectura

Lectura del libro del Eclesiástico (35,12-14.16-18):

EL Señor es juez,
y para él no cuenta el prestigio de las personas.
Para él no hay acepción de personas en perjuicio del pobre,
sino que escucha la oración del oprimido.
No desdeña la súplica del huérfano,
ni a la viuda cuando se desahoga en su lamento.
Quien sirve de buena gana, es bien aceptado,
y su plegaria sube hasta las nubes.
La oración del humilde atraviesa las nubes,
y no se detiene hasta que alcanza su destino.
No desiste hasta que el Altísimo lo atiende,
juzga a los justos y les hace justicia.
El Señor no tardará.

Salmo

Sal 33,2-3.17-18.19.23

R/. El afligido invocó al Señor, y él lo escuchó

*V/. Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren R/.*

*V/. El Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su memoria.
Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias. R/.*

V/. El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.
El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él. R/.

Segunda Lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (4,6-8.16-18):

Querido hermano:

Yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente.

He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe.

Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación.

En mi primera defensa, nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron. ¡No les sea tenido en cuenta!

Mas el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que, a través de mí, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todas las naciones. Y fui librado de la boca del león.

El Señor me libraré de toda obra mala y me salvará llevándome a su reino celestial. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Evangelio

Lectura del santo evangelio según san Lucas (18,9-14):

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola a algunos que se confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás:

«Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior:

“¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”.

El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo,

sino que se golpeaba el pecho diciendo:

“Oh Dios!, ten compasión de este pecador”.

Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

COMENTARIO A LAS LECTURAS.-

Terminábamos el domingo pasado con el llamamiento de Jesús a orar siempre y sin desfallecer. Todo para intentar estar siempre en contacto con Dios, para conocer su voluntad y poder tomar las decisiones correctas.

Hoy Jesús va un paso más allá, y nos da otro consejo para progresar en la vida espiritual. No es suficiente con orar siempre. Hay que aprender a rezar de la forma correcta.

Ya la primera lectura nos da algunas claves para poder entender lo que la Palabra nos quiere comunicar. “El Señor es juez, y para él no cuenta el prestigio de las personas.” Ante Dios no hay diferencia entre pobres y ricos.

Ya antes, aquí en la tierra, la oración del humilde llega hasta las nubes y alcanza su destino. Nos lo recuerda el libro del Eclesiástico. Es un buen incentivo para orar sin desfallecer, con espíritu humilde.

Y hay más. La justicia de Dios, si por algo se caracteriza, es por estar siempre del lado de los más pobres. Lo que le conmueve es la debilidad, la pobreza del que se acerca sabiendo que ya no le queda otra solución que confiar en el Padre, que es bueno y vela por sus hijos.

Cuando se presenta delante de Dios alguien que no tiene ningún mérito que aportar, alguien que solo puede contar con su propia pobreza, entonces Dios se conmueve y pronuncia su veredicto de salvación.

El fariseo de la parábola hizo en voz alta una exposición de su vida, y todo lo que dijo no sólo era verdad, sino que, además, era admirable. En realidad, hacía más cosas de lo que le pedía la ley. Pero lo que le perdió fue el considerarse superior a los demás. Ser bueno implica también ser humilde.

Lo que Él quiere es que nos reconozcamos pequeños, humildes, necesitados de su ayuda. Como hizo el publicano. A los ojos de los hombres, el publicano era un ser despreciable. Colaboraba con los romanos, puesto que su función era cobrar los impuestos. El pueblo no le quería. Muchos se aprovechaban de su situación y robaban. Pero Dios, que no ve las cosas como los hombres, sí le amaba. Y le concede la justificación, la gracia, porque fue sincero para con Dios.

Por supuesto, a Dios no se le puede engañar. No se trata de fingir una humildad que no sentimos. Se trata de ponernos en nuestro lugar, de ser humildes de corazón, y reconocer que estamos necesitados de la gracia de Dios, para poder alcanzar la salvación. Nuestros méritos ante Dios no son muchas buenas obras, sino el querer ser mejor, y caminar en presencia del Señor. Si hacemos esto, entonces sí que nuestra oración tendrá mucho peso ante Dios, porque la haremos desde el corazón. Como un niño pequeño que busca con la mirada a su madre, y, al verla, se duerme tranquilo.

El final del Evangelio de hoy nos da una pista para nuestra vida de cristianos. “Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.” Aunque nos resulte duro entenderlo. Si queremos ser más de lo que somos, entonces no estaremos siendo sinceros con Dios, y de nada nos valdrán nuestros esfuerzos. Si reconocemos que Él nos ama, y nos ofrece su mano para seguir adelante, entonces estaremos por buen camino. Y todo lo que hagamos, será por Dios y para Dios. Lo dice san Pablo: “He peleado el buen combate, he terminado la carrera, he mantenido la fe.” Ojalá nosotros podamos decir lo mismo. Ojalá apreciemos en nuestras vidas esa dependencia de Dios, y podamos sentir, como el publicano, que Dios nos perdona. Y nunca, nunca es tarde para volver a empezar.

NNDNN

✠ Dios Padre te necesita, cuenta contigo, te pide acciones concretas cada día para transformar la humanidad con su Palabra. Proponte cada día una acción concreta que vaya cambiando tu ser.



FORMULA ORACIONAL de la ASAMBLEA TEMPLARIA DE ORACIÓN

- 1- Posición y relajación del cuerpo, en pie, sentados o arrodillados cada uno asumiendo la postura que favorezca más su concentración. Lo importante, independientemente de la posición que se adopte, es colocarnos con la actitud de un ser ante su Creador y Padre, rodeados y acogidos por su fortaleza y ternura y transportados al tiempo eterno.
- 2- Cerrar los ojos. Calmar toda emoción. Silenciar toda actividad mental discursiva e imaginativa. Alcanzar el máximo de intensidad para, como sugiere el Papa Francisco sentir que “La oración no es magia, sino un confiarse en el abrazo del Padre. Tú debes orar a quien te engendró, al que te dio la vida a ti concretamente”.
- 3- Desde esa actitud, sintiendo como dice Francisco que “tenemos un Padre cercanísimo que nos abraza”, recitamos el Padrenuestro de forma sentida:

***Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
Venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad así en la tierra como en el
cielo.***

***Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas, porque
nosotros ya hemos perdonado a quienes nos ofenden.***

No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.

***Porque Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y
siempre y en los siglos de los siglos.***

Amén.

Versión en

Latín:

Pater Noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum.

veniat Regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra.

***Panem nostrum cotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et
nos dimittimus debitoribus nostris.***

Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo.

***Quia Tuum Regnum, et Potestas et Gloria, Pater, Filius et Spiritus Sanctus, nunc
et semper et in saecula***

Amen

- 4- A continuación, siguiendo la indicación de nuestro padre San Bernardo que dice que “ésta es la voluntad de Dios: quiere que todo lo tengamos por María”, rezaremos el Ave María.
- 5- Continuamos centrando la atención dentro de nosotros mismos, en el corazón, tratando de sentir la presencia del Espíritu de Dios en él. Y así, siguiendo el ritmo de la respiración, según el método de Oración Hesicasta decimos interiormente:

"Señor", (alargando la pronunciación al tiempo de la inspiración; al expirar, en profunda meditación decimos): " *ten piedad* "....

"Señor (*inspiración*), *ten piedad* (*expiración*), o bien: " " Señor Jesucristo (*inspiración*) *ten piedad* (*expiración*).

Larga Vida Al Temple